

De identidades y articulaciones contingentes: Apuntes para pensar la dimensión política de la Recherche

Lisandro Relva

Mediante el presente trabajo, intentamos comenzar la exploración de la dimensión política de la *Recherche*, en la medida en que, según creemos, constituye uno de los ejes más desestimados por la crítica proustiana. Para ello, estableceremos una lectura comparativa de los mecanismos de subjetivación en la novela y los medios por los que, en el pensamiento político de Ernesto Laclau, opera la llamada *lógica de la hegemonía*.

En *Los fundamentos retóricos de la sociedad* (Laclau, 2014), el último de sus libros publicados, Laclau procura sostener una vez más, aunque por otra vía, lo que quizás constituye la tesis estructurante de su pensamiento político: la postulación del carácter hegemónico del vínculo social y de la centralidad ontológica de lo político. Interpelado por la explosión de identidades sociales y la alambicada lógica de su articulación en el tejido social, en el capítulo titulado “Articulación y los límites de la metáfora” -trabajo originalmente publicado en inglés hacia 2008-, el sociólogo argentino medita acerca de los potenciales aportes del análisis retórico para la reconfiguración de las categorías que organizan el campo político. En tal sentido, conjetura que “la política es una articulación de elementos heterogéneos, y tal articulación es esencialmente tropológica, ya que presupone la dualidad entre la institución y la subversión de posiciones diferenciales que encontramos definiendo la intervención retórica” (Laclau, 2014, p. 85). Desde su perspectiva, sería posible sostener que todo proceso político, concebido como construcción de

identidades (a la manera de la “guerra de posición” gramsciana), necesita una dimensión metonímica, y presenta la hegemonía como la transición desde la metonimia hacia la metáfora, esto es, desde un punto de partida fundado en la contigüidad a su cristalización en una analogía. Llamativamente, el texto que servirá de sustento al desarrollo de esta propuesta teórica será ni más ni menos que la *Recherche*, en donde Laclau investiga el fenómeno de la interdependencia entre la metáfora y la metonimia con el fin de aventurar una posible respuesta a la pregunta por el tipo de unidad que estos dos tropos, matrices esenciales en torno a las cuales todas las demás figuras toman posición, logran constituir a partir de su articulación. En esta primera parte, intentaremos esclarecer este vínculo problemático.

Desde la inepción misma del capítulo Laclau recupera algunas consideraciones de Gérard Genette, quien en su ensayo “Metonimia en Proust” (*Figuras III*), se encarga de explicar que los movimientos semánticos de la novela proustiana tienen lugar a partir no sólo de la coexistencia sino, fundamentalmente, de la mutua implicación de la metonimia y la metáfora, de sus avances y retrocesos, sin los cuales ninguna de ellas podría desempeñar su rol en la constitución de la economía diegética. En la cadena de reminiscencias, observamos cómo el despliegue narrativo se mueve de forma metonímica a partir de una analogía original -lo que Genette denomina el “detonador analógico” (Genette, 1989, p. 62)

Sin metáfora, dice (aproximadamente) Proust, no hay auténticos recuerdos; nosotros añadimos por él (y por todos): sin metonimia no hay concatenación de los recuerdos, no hay historia, no hay novela. Pues la metáfora es la que recobra el Tiempo perdido, pero es la metonimia la que lo reanima y lo vuelve a poner en marcha: la que lo devuelve a sí mismo y a su “esencia” verdadera, que es su propia huida y su propia Busca. Ahí, pues, ahí solo -por la metáfora, pero en la metonimia- comienza el Relato (pp. 68-69).

Tomemos, una vez más, el paradigmático ejemplo de la magdalena, que abre el camino a la experiencia de la memoria involuntaria en la novela

Y de repente me vino el recuerdo: aquel sabor era el del trozo de magdalena que, cuando iba a darle los buenos días los domingos por la mañana

en Combray –porque esos días no salía yo antes de la hora de la misa-, me ofrecía mi tía Léonie, después de haberlo mojado en su infusión de té o de tila. Nada me había recordado la vista de la pequeña magdalena, antes de que la hubiera gustado, tal vez porque, al haberlas visto después con frecuencia, sin comerlas, en las bandejas de las pastelerías, su imagen había abandonado aquellos días de Combray para unirse a otras más recientes, tal vez porque de aquellos recuerdos abandonados, tanto tiempo fuera de la memoria, nada sobrevivía, todo se había disgregado [...] Y, en cuanto hube reconocido el sabor del trozo de magdalena mojado en tila que me daba mi tía [...] la vieja casa gris que daba a la calle, donde estaba su cuarto, vino al instante como un decorado de teatro a ajustarse al hotelito, que daba al jardín, construido para mis padres en su parte posterior [...] y, junto con la casa, la ciudad, desde la mañana hasta la noche y a todas las horas, la plaza, a la que me mandaban antes de almorzar, las calles por las que iba a hacer recados, los caminos por los que, si hacía bueno, nos internábamos. Y, como en ese juego en el que los japoneses se divierten mojado en un tazón de porcelana lleno de agua trocitos de papel, hasta entonces indistintos, que, en cuanto los sumergen en el agua, se estiran, se retuercen, se colorean, se diferencian, se vuelven flores, casas, personajes consistentes y reconocibles, también entonces todas las flores de nuestro jardín, las del parque del Sr. Swann, los nenúfares del Vivonne, la buena gente del pueblo, sus casitas, la iglesia, todo Combray y sus alrededores –todo aquello, que iba cobrando forma y solidez- salió –ciudad y jardines- de mi taza de té (Proust: 2000, 53-56).

En el caso de la magdalena, la taza activa la reminiscencia de su habitación en Combray, su habitación la casa, la casa el pueblo y así hasta involucrar toda la región en una “contaminación metonímica”. La analogía, para completar su tarea de sustitución paradigmática, demanda la constitución de una cadena que se mueve por contigüidad, en un movimiento irradiante que sustituye la evocación metafórica. El estudio de Genette nos permite colegir que en la *Recherche* las metáforas tienden a consolidarse sobre el terreno, a menudo invisibilizado, de conexiones metonímicas. A despecho de una voluntad autoral que tiende a preconizar como superiores las posibilidades creativas de la metáfora, la novela testimonia una esencial solidaridad entre

contigüidad y analogía, bases definitorias de ambos tropos, como condición para garantizar la unidad del espacio discursivo.

Sabemos que la delimitación de fronteras claras entre las figuras y tropos en la retórica clásica es otro corolario de las distinciones objetivas enunciadas por la ontología antigua. En nuestro caso, es precisamente ese carácter cerrado e inmutable del sistema de distinciones pretendidamente discretas y objetivas lo que la articulación entre metáfora y metonimia viene a impugnar. Lejos de reconocer una oposición o una diferencia esencial, la *Recherche* nacería del continuo solapamiento entre ambas categorías, desestabilizando así no sólo las taxonomías retóricas heredadas sino también las concepciones epistemológicas de mundo que las originan.

En el capítulo mencionado, Laclau señala que, así considerada, la metáfora se perfila como el *telos* de la metonimia, es decir, “el momento en que la transgresión de las reglas de combinación ha alcanzado su punto de no retorno” (Laclau, 2014, p. 79). De este modo, la nueva entidad resultante obtura eficazmente las prácticas transgresivas que la constituyen y a las cuales debe su emergencia. Analogía y contigüidad, entonces, no como dos juegos independientes sino configurando los dos polos de un mismo *continuum*: así como la contigüidad, realizándose en la metonimia, se metamorfosea en analogía, así la operación política que Laclau elige denominar *hegemonía* consiste en un paso de lo metonímico a lo metafórico, de una articulación contingente hacia una pertenencia esencial. Las analogías proustianas, explica Genette, se apoyan siempre en una contigüidad originaria. Si encontramos ahí el surgimiento de una narrativa y no una sucesión más o menos desarticulada de instantes líricos, es porque las metáforas van inscribiéndose mediante movimientos metonímicos. Aquí la novela de Proust cobra relevancia porque su misma existencia proliferante y a cada paso reconstituida, sus mismas bases geológicas manifiestan ese pasaje, ese desplazamiento tropológico. En ese desplazamiento se juega gran parte de la teoría de la hegemonía laclausiana. Asumiendo dicha perspectiva epistemológica, el nombre –de un movimiento social, de un partido político, de una ideología– no es sino la cristalización metafórica de elementos cuyos vínculos analógicos resultan de ocultar la contigüidad contingente de sus bases metonímicas y, simétricamente, la desagregación de una formación hegemónica determinada supone la reactivación de dicha contingencia, es decir, la transición desde la sublimidad

de la fijación metafórica a la evidencia de la precaria asociación metonímica que la compone. En su análisis, Laclau retoma la tesis pregonada por Paul de Man según la cual la retoricidad no sería un abuso sino, por el contrario, una dimensión constitutiva de la significación, una extensión que sustituye la estructura misma de la objetividad, lo que equivale a sostener que la significación halla en el desplazamiento topológico uno de sus fundamentos inalienables. Enunciado en sus propios términos, cabría conjeturar que la significación demanda su propio cierre, el cual, al comprometer la representación de un objeto que es a un tiempo imposible y necesario, conduce a la producción, en el discurso, de lo que Laclau denomina “significantes vacíos”, esto es, significantes sin significado que señalan el punto ciego que define la significación, el punto en que esta encuentra su límite. Es esta postulación la que le permite considerar que, si la representación de un objeto irrerepresentable es la condición necesaria de la representación como tal, entonces la representación de dicha condición involucra una operación de sustitución, es decir, es por naturaleza topológica y, más precisamente, catacrésica, dado que asume la tarea de dar nombre a algo que es, esencialmente, sin nombre, “un lugar vacío”. Si concedemos que el discurso coincide con la producción social del sentido, es decir, con el tejido mismo de la vida social, la frontera entre significación y acción se vuelve indecible. A este respecto, Laclau sostiene que “categorías lingüísticas tales como las distinciones significado/significante y sintagma/paradigma –si son propiamente teorizadas- dejan de pertenecer a una disciplina regional y consiguen definir relaciones que operan en el mismo terreno de la ontología general” (Laclau, 2014, p. 83). Según esta mirada, las relaciones hasta ahora conceptualizadas en términos estrictamente topológicos se ven reproducidas a distintos niveles de análisis de la realidad humana. En este sentido, el objetivo fundamental que el sociólogo se impone en este trabajo es “demostrar en el campo político la operación de estas distinciones” (Laclau, 2014, p. 84). En otras palabras, procura explicar que las tensiones señaladas en el *continuum* metáfora/metonimia logran visualizarse en toda su dimensión a la luz de la estructuración de los espacios políticos. En lo que Laclau llama *cadena de equivalencias* lo que tiene lugar es una sucesión paratáctica de eslabones constituyentes, ninguno de los cuales posee una posición de centralidad apriorística basada en una lógica combinatoria de índole hipotáctica. La hegemonía, de este modo, consistiría

precisamente en el proceso por el cual las identidades dejan ser immanentes y demandan una identificación con algún punto trascendente respecto de ese sistema, es decir, es la asunción, por parte de una particularidad, del puesto vicario de una universalidad siempre ausente. Consistente con la lógica del objeto *a* lacaniano, la operación hegemónica es, por lo tanto, esencialmente tropológica.

En el capítulo trabajado, la crítica que a lo largo de toda su obra Laclau dirige a la teleología hegeliana que domina la tradición marxista, se detiene en la peculiar concepción de la Historia que la definiría: se trata de una diacronía que entiende las sucesivas etapas del devenir histórico, no como *interrupciones* de lo que las antecedía, sino como “cumplimiento de un destino teleológico” (Laclau, 2014, p. 88), perfilándose así como una escatología secular que responde a “leyes necesarias”. Así, Laclau señala que “el literarismo marxista requiere la reducción del desarrollo histórico a un mecanismo que debe ser conceptualmente aprehensible en lo concerniente a sus leyes de movimiento” (Laclau, 2014, p. 88), reducción esta que será conceptualizada bajo el término de “etapismo”, mediante el cual, las “excepcionalidades” históricas no alteran la naturaleza de clase de los agentes sociales, ni sus respectivas tareas ni la preordenada sucesión de las fases (el tránsito inexorable hacia el socialismo).¹A esta concepción político-epistemológica de la historia, Laclau responde sosteniendo que la asunción de la lógica de la hegemonía implica asumir que otros movimientos hegemónicos habrían sido (y son aún) posibles, en la medida en que el *continuum* metáfora/metonimia no prescribe *a priori* una direccionalidad dada para las intervenciones ni una forma exclusiva de articulación de los dos polos. En este punto, Laclau vuelve sobre la lectura que Genette realiza de Proust:

Genette presenta la decisión de Proust, que hizo posible la existencia de una narrativa, como precisamente eso: una *decisión*. Pero también señala que otras decisiones hubieran sido posibles, en cuyo caso no hubiéramos tenido una novela sino, más bien, una sucesión de momentos líricos (Laclau, 2014, pp. 86-87).

¹ En su lectura del derrotero del proletariado durante el siglo XX, Laclau considera: “Que la clase obrera como agente hegemónico sea el sector que haya logrado articular en torno a sí una variedad de luchas y reivindicaciones democráticas no depende de ningún privilegio estructural apriorístico, sino de una iniciativa política en la que la clase se ha empeñado” (Laclau, 2015, pp. 98-99).

La experiencia de la novela nos proporciona una evidencia aplastante de que esta decisión, lejos de estar dada por el azar o por una simple concatenación de pasajes más o menos coherentes entre sí, es deliberada y sistemática, aún a pesar de la preeminencia que Proust, desde el punto de vista teórico-literario, atribuyera a la metáfora por sobre la metonimia. Según creemos, es esta lógica articuladora propia de las formaciones hegemónicas, que en el pensamiento de Laclau da lugar a identidades políticas contingentes, lo que la novela proustiana viene a anticipar desde su mismo mecanismo diegético y, más profundamente, desde la concepción político-epistemológica que traza: se trata de una obra en la que las ideas de unidad, de totalidad, de direccionalidad, de jerarquía y esencialismo ceden su posición a las dimensiones de la heterogeneidad, la inmanencia y, fundamentalmente, la contingencia. Alejada de las lógicas afines a lo que Derrida llamó “la metafísica de la presencia” (1986), piedra angular del pensamiento filosófico tradicional, la *Recherche* parece justificar anticipadamente la consideración de la crítica literaria Adriana Bocchino según la cual “la contingencia (la catástrofe de Benjamin), el acelerado movimiento de las cosas y ya no algo que pueda definirse con precisión estática, se ha convertido en el problema teórico por excelencia” (Bocchino, 2014, p. 196). La respuesta planteada por Proust al nudo gordiano de la constitución subjetiva supone una diatriba contra toda tentativa de afirmar la positividad del ser, de reclamar la existencia de identidades inincidadas por las variaciones témporo-espaciales, y obedece también a este juego de desplazamientos metonímicos, que se transforman sucesivamente en cristalizaciones metafóricas siempre precarias y abiertas a nuevos desplazamientos. La disgregación de la vida en Combray, y con ella de la propia identidad, referida en el pasaje de la magdalena, reaparece a cada paso en *El tiempo recobrado*. Tras referirse a “la fragmentaria Gilberte” a la que encuentra ya crecida, el narrador considera:

Si bien en esos períodos de veinte años los conglomerados de camarillas se deshacían y volvían a formarse conforme a la atracción de astros nuevos, destinados, también ellos, por lo demás, a alejarse y después a reaparecer, en el alma de las personas se producían cristalizaciones y después disgregaciones, seguidas de nuevas cristalizaciones (Proust, 2009, p. 330).

Próxima a esta dinámica de cristalización y disgregación, encontramos la noción laclausiana de “posiciones de sujeto”, resultado de la crisis de la categoría de “sujeto”, “aquella unidad cartesiana que era atribuida por las ciencias humanas tradicionales a los agentes sociales. Estos son actualmente concebidos como sujetos “descentrados”, como constituidos a través de la unidad relativa y débilmente integrada de una pluralidad de “posiciones de sujeto”” (Laclau y Mouffe, 2015, p. 22). En tanto proceso, la hegemonía de Laclau está supeditada a la realización de un triple requerimiento: por un lado, demanda que algo constitutivamente heterogéneo a la estructura social tiene que estar presente en ella desde el inicio, impidiendo su cristalización como totalidad cerrada o enteramente representable; por otro lado, la sutura hegemónica debe generar un efecto re-totalizante (necesario para la formación de toda articulación hegemónica); por último, esta re-totalización no puede poseer el estatus de una integración dialéctica. Análogamente, la subjetividad proustiana está contaminada de una *otredad* primaria e inaplazable, que remite a la idea de “hospitalidad incondicional” formulada por Derrida (2006). Es esa presencia de lo no familiar, de lo monstruoso, de lo ajeno al interior de la misma intimidad lo que, en última instancia, produce el ininterrumpido fracaso de toda significantización, de toda simbolización, de toda totalización, y lo que se enuncia en la harto mentada escena del encuentro con la abuela en el lado de Guermantes:

Estaba desolado por no haberme podido despedir de Saint-Loup, pero partí de todos modos, porque mi única preocupación era la de regresar junto a mi abuela [...] tenía que librarme cuanto antes, en sus brazos, del fantasma insospechado hasta el momento y súbitamente evocado por su voz, de una abuela realmente separada de mí [...] ¡Ay, fue ese fantasma el que percibí cuando, al entrar en el salón sin que avisaran a mi abuela mi regreso, la encontré leyendo! Yo estaba allí o, mejor dicho, aún no estaba allí, porque ella no lo sabía [...] De mí –por ese privilegio que no dura y del que tenemos, durante el corto instante del regreso, la facultad de asistir bruscamente a nuestra propia ausencia- no estaba allí más que el testigo, el observador, en sombrero y sobretodo de viaje, el desconocido que no pertenece a la casa (Proust, 2008, pp. 164-165).

Según creemos, la facultad a la que de modo excepcional accede el narrador consiste, dado el marco del principio de articulación al que nos hemos

referido, en la posibilidad de reconocer la dimensión metonímica que constituye su *yo* presente, entidad poco duradera y siempre amenazada por las derivas de la contingencia.

Por su parte, en *Infancia e historia* Agamben se refiere al concepto moderno de experiencia, y considera que la *Recherche* constituye, no solamente la objeción más perentoria a las condiciones kantianas de la experiencia (el tiempo y el espacio) sino también, y sobre todo, al sujeto que les corresponde, en la medida en que ya no encontraríamos al sujeto moderno de conocimiento: “en Proust ya no hay en verdad ningún sujeto, sino sólo, con singular materialismo, una infinita deriva y un casual entrecrocarse de objetos y sensaciones” (Agamben, 1999, p. 57). Coincidimos sólo parcialmente con esta afirmación: consideramos, como Agamben, que la novela proustiana se perfila como territorio propicio para la circulación y el entrecruzamiento de elementos heterogéneos que, sin embargo, logran establecer “articulaciones hegemónicas”, y con ello, constituir identidades contingentes, no sustanciales y porosas sustentadas en conexiones metonímicas:

Todo lo relativo, por ejemplo, a la duquesa de Guermantes en el momento de mi infancia estaba concentrado, por una fuerza atractiva, en torno a Combray y todo lo relativo a la duquesa de Guermantes que después iba a invitarme a almorzar en torno a una persona sensitiva muy diferente; había varias duquesas de Guermantes, como había habido desde entonces la señora de rosa, varias señoras Swann, separadas por el incoloro éter de los años y de una a otra de las cuales podía yo saltar tan poco como abandonar un planeta para ir a otro, separado de él por el éter...y no sólo separado, sino también diferente (Proust, 2009, p. 327).

A esta misma constitución subjetiva se refería Leopoldo Rueda cuando, en las primeras Jornadas Proust, sostenía que “la novela proustiana se compone esencialmente de detalles, de conexiones de contingencias que serán contradichas poco después, meras hipótesis provisorias, que dejan una sensación de inestabilidad al lector frente a las imágenes que construye acerca de los personajes” (Rueda, 2016, p. 46). Encontramos así una pluralidad de identidades lábiles y movientes que, sobre el cierre de la obra, ponen un signo de duda acerca de la verdadera dimensión de la muerte, tan temida y rehuida por el narrador en los tomos precedentes:

Si bien la idea de la muerte me había ensombrecido [...] comprendía que morir no era algo nuevo, sino que, al contrario, desde mi infancia había muerto ya muchas veces. Por tomar el período más antiguo, ¿acaso no me había importado Albertine más que mi vida? ¿Podía, entonces, concebir mi persona sin que en ella perdurara mi amor por ella? Ahora bien, había dejado de amarla. Yo ya no era la persona que la amaba, sino una persona diferente que no la amaba, había dejado de amarla cuando me había vuelto otro [...] Una vez hechas realidad esas muertes sucesivas, tan temidas por el yo que habían de aniquilar, tan indiferentes, tan dulces, me habían hecho comprender desde hacía algún tiempo lo insensato que sería sentir espanto ante la muerte (Rueda, 2016, p. 379).

Observamos aquí, una vez más, la enunciación sucesiva de identidades dislocadas y transitorias inescindibles de sus propios contextos de aparición, coligiendo así, por consiguiente, el carácter performativo de dicho contexto. La totalidad, tanto en Proust como en el posmarxismo de Laclau, no es nunca un dato de la realidad sino una construcción más o menos fluctuante y precaria, siempre a punto de desintegrarse para que sus elementos se rearticulen en otras totalidades horadadas:

Tenía una sensación de fatiga y de espanto al sentir que todo aquel tiempo tan largo no sólo había sido –sin interrupción alguna– vivido, pensado, segregado por mí, que era mi vida, que era yo mismo, sino que, además, yo debía a cada minuto mantenerlo unido a mí, a quien me sostenía, a mí, encaramado en su vertiginosa cumbre, que no podía moverme sin desplazarlo (Rueda, 2016, p. 389).

La detotalizante dislocación identitaria que cruza toda la novela nos mueve a volver a los términos netamente políticos en que dicha dislocación ha sido entendida desde la lógica hegemónica: se trata, precisamente, del proceso que trastoca los significados que performan la vida comunitaria, demandando nuevas formas de identificación capaces de otorgar sentido y coherencia a la experiencia cotidiana. Es la dislocación la que, al desestabilizar dichos significados, provoca la necesaria aparición de una sutura que restituya un sentido de coherencia.

En este sentido, sólo si aceptamos que la identidad política es una categoría siempre relacional y contingente que remite a la fijación parcial de una

configuración discursiva derivada de una práctica articuladora de sentido que activa un doble proceso de homogeneización y diferenciación, podremos comenzar a matizar y complejizar la identidad del narrador de la *Recherche*, habitualmente confinado a perfilarse como “un pequeño burgués de Combray” (Proust, 2009, p. 246), tal como él mismo se considerara.

Sobre el final de *Una introducción a la teoría literaria*, Terry Eagleton aventura que obras como las de Shakespeare o Proust difícilmente serán objeto de estudios apremiantes y entusiastas en la medida en que dichos textos

están herméticamente aislados de la historia, sujetos a un estéril formalismo crítico y piadosamente envueltos en verdades eternamente utilizadas para confirmar prejuicios que cualquier estudiante medianamente dotado consideraría objetables. La liberación de Shakespeare y de Proust de tales restricciones bien puede acarrear la muerte de la literatura, pero también puede llegar a redimirla (Eagleton, 2012, p. 256).

A través del presente trabajo, y al menos en lo tocante a Proust, hemos procurado contribuir a una tal redención.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (1999). *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Bocchino, A. (2014). Un estado de la teoría. *El taco en la brea*, 1(1), 186-205.
- Derrida, J. (1986). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.
- Derrida, J. (2006). *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Eagleton, T. (2012). *Una introducción a la teoría literaria*. México DF: FCE.
- Genette, G. (1989). *Figuras III*. Barcelona: Lumen.
- Laclau, E. (2014). *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Buenos Aires: FCE.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2015). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: FCE.
- Proust, M. (2000). *En busca del tiempo perdido. Por la parte de Swann*. Barcelona: Lumen.
- Proust, M. (2008). *En busca del tiempo perdido. Del lado de Guermantes*. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2009). *En busca del tiempo perdido. El tiempo recobrado*. Barcelona: Lumen.

Rueda, L. (2016). Rorty adversus Rorty: posibilidades políticas en la lectura neopragmatista de la novela proustiana. En A. Melamed (Coord.), *Actas de las Jornadas Marcel Proust: Literatura y filosofía*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Recuperado de <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/73>